

Edimburgo conmemora el segundo centenario
de la muerte de Adam Smith

(Rachel Johnson, en "Financial Times")

La mano invisible de Adam Smith y el futuro de la economía de mercado han sido objeto de abundantes debates esta semana en Edimburgo, donde en una atmósfera de lujo se han reunido 80 conferenciantes para conmemorar el segundo centenario de la muerte de Smith. La fiesta, presentada bajo el nombre de "Wealth of Nations 1990", ha sido considerada como el más importante encuentro conmemorativo que vaya a tener lugar este año.

El hecho de que el Telón de Acero se derrumbara hace unos cuantos meses fué una mera coincidencia, pues la conferencia se ha estado preparando desde hace dos años. Pero no hay duda que el colapso del marxismo-leninismo ha supuesto una ayuda considerable, en la que el organizador de la convención, el World Business Forum, no pudo ni siquiera soñar.

No es sólo la importancia de las ideas de Adam Smith las que han llevado a tantos empresarios, financieros, políticos y economistas a recapacitar sobre el futuro de la economía de la derecha en un mercado cada día más integrado. El tema central de la conferencia ha sido la reconstrucción de Europa, con las enormes oportunidades -y también con los eventuales costes y riesgos- que presenta. Este ha sido el gran tema, en efecto, junto con el del futuro político de las superpotencias, Estados Unidos y Unión Soviética. Al igual que la música de las gaitas que ha acompañado todos los actos celebrados, el tema central de la conferencia salía en todas partes y a todas horas, desde el discurso de apertura de John Gutfreund, presidente de Salomon Brothers, hasta los interminables discursos e intervenciones de los debates, pasado por la mesa del desayuno y por los recorridos de los campos de golf en los que los asistentes entretenían sus horas de ocio.

Uno tenía la sensación de que, de haber vivido Smith en nuestros días, su música tal vez hubiera sido algo diferente. Lord Roll of Ipsden, presidente de S.G. Warburg Group, insinuaba que Smith hubiera preferido el control monetario del sector público y una rígida reglamentación del financiero en lugar de la mano invisible. James Schlesinger, el ex-secretario de Defensa de Estados Unidos, dijo que hoy no podría sostenerse la opinión de Adam Smith según la cual la interferencia del Estado en la economía debe ser la mínima posible. "A veces olvidamos cuán radicalmente ha cambiado, y cuánto más complejo es hoy el sistema económico internacional, comparado con el que existía en la época de la 'Riqueza de las Naciones'", dijo Schlesinger.

La convención, con todo, no se mostró realmente interesada en encontrar anacronismos en la obra de Smith. La mayoría de los asistentes, efectivamente, se mostró de acuerdo en que ha sido la aplicación de las ideas del economista británico sobre la libertad económica la que habrá de permitir el gran mercado único de Europa que compita con los Estados Unidos por el volumen de su producto nacional.

Por atractivo que fuera, este reto pareció asustar a la cohorte de formidables oradores reunidos para analizar la situación probable del mundo de los años 90. La hermandad bancaria, dirigida por Gerald Corrigan, presidente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, se mostró preocupado por el insuficiente ahorro de que se dispone para financiar la reestructuración de la Europa del Este. (El optimista Gutfreund, que acaba de llevar el mercado de bonos al Berlín oriental, no parecía tener las mismas dudas).

Denis Healey, el exministro de Hacienda, y el antiguo primer ministro Heath, se caracterizaron por sus juicios sombríos con los que se contuvo algo el triunfalismo reinante. Healey hizo observar que la revolución de la Europa oriental estaba sólo en su infancia. "La historia indica que ninguna revolución acaba sin que se vierta sangre", dijo Healey. Heath, por su parte, confirmó que el futuro de la Unión Soviética

estaba por decidir, y que apenas le era posible contemplar un panorama en el que una Europa unida pudiera extenderse hasta los Urales.

Fué Jack Kemp, el senador norteamericano, quien subrayó mejor que nadie el lado brillante de la nueva década y quien expuso el sentimiento del hombre de la calle, analizando la aplicación de las ideas de Adam Smith a la vida diaria. Esto era lo que la convención necesitaba.

En efecto, lo realmente importante conseguido, desde 1776, año en que, con un éxito instantáneo, se publicó "The Wealth of Nations", es que "hay más gente hoy haciendo cola en Moscú para comprar hamburguesas que para visitar la tumba de Lenin".
